



# Bill Murray: el mundo es un plató

Generar momentos surrealistas con el transeúnte de turno, proyectar su personaje en la vida real. El imprevisible cómico, recién premiado por Obama, le ha cogido el gusto a alimentar su propia leyenda

POR JOSEBA ELOLA

**B**ill Murray patrulla la ciudad de Estocolmo a las 3.30 subido a un *buggy*. Bill Murray te roba una patata frita del plato, tan tranquilo, y se queda tan a gusto. Bill Murray prueba un vino y dice, risueño: “Este vino me da ganas de conducir”. El hombre que ha inspirado a directores como Jim Jarmusch, Wes Anderson y Sofia Coppola le ha cogido el gusto a trasladar su personaje a la vida real. Las historias del protagonista de *Cazafantasmas* inspiran libros, memes, webs.

Bill Murray se está convirtiendo en un género en sí mismo.

Su capacidad para generar situaciones de humor absurdo en cualquier lugar, con cualquiera que se cruce en su camino, es carne de leyenda. El personaje que se ha construido, ese que habita en la intersección del gesto melancólico con la acción surrealista, está demostrando su querencia por perforar la pantalla, como lo hacía Jeff Daniels en *La rosa púrpura de El Cairo*, de Woody Allen, para desembarcar por sorpresa en la vida del transeúnte despidado. Si algún día, por suerte, se le aparece a usted, al poco le susurrará al oído: “Nadie te va a creer”.

Estaba el protagonista de *Lost in Translation* tomando copas en un bar de Saint Andrews, Escocia, allá por octubre de 2006, cuando la joven Lykke Stavnef, estudiante noruega de 22 años, y su amiga María Bergene le propusieron que les acompañara a una fiesta. Para sorpresa de los dos jóvenes, Murray aceptó.

Al llegar a la morada que albergaba el *festorón*, lugar de georgiana fachada, se encontró a una manada de estudiantes escandinavos en la fiesta de Blas, con unas copas de más. La presencia del hierático protagonista de *Atrapado en el tiempo* causó revuelo, como no podía ser de otro modo, estupor. Aquello parecía una segunda versión de *Lost in Translation* con la joven Stavnef haciendo las veces, en la vida real, de Scarlett Johansson. Tras dar unos sorbos a un vodka servido en taza de café —no quedaban vasos

limpios y tampoco era momento de ponerse tiquismiquis—, Murray se fue para la cocina, se remangó y, con absoluta parsimonia, se puso a fregar los vasos. Humor Bill Murray, pata negra.

“No puedes entrar y salir corriendo”, confesaría más tarde en alusión al episodio de la fiesta. “Pero si entras en casa de alguien, le lavas los platos y te vas, al menos sientes que has hecho una contribución”.

Visualícese el testimonio con ese Bill Murray de gesto hierático, pronunciando las palabras con esa indolencia marca de la casa, levantando las cejas, como ligeramente ausente.

Billmurraystory.com es una web que se dedica a recoger sus surrealistas encuentros con otros seres humanos (así como algunas historias inventadas). El *modus operandi* del actor es casi siempre el mismo (*Coffee and cigarettes*, de Jim Jarmusch, recrea perfectamente uno de esos momentos *billmurrayanos*; ¿o acaso habría que llamarlo *billmurrayada*?). El actor aparece como si saliera de la nada, aporta con la mayor naturalidad del mundo su toque surrealista y, al poco, desaparece.

“Bill Murray es un actor cómico que quiere que la vida real se parezca a sus películas”. Lo dice en conversación telefónica desde su casa en Charlotte (Carolina del Norte, EE UU) Gavin Edwards, autor de *Cómo ser Bill Murray*, libro que acaba de editar el

sello Blackie Books. En él, el periodista y colaborador de *The New York Times* y *Wired* recoge historias de Bill Murray que circulan por la Red, testimonios de aquellos espontáneos que participaron en ellas —como hace con el episodio de la fiesta escandinava—, declaraciones del propio actor y un recorrido por su filmografía jalonado de testimonios de los que han trabajado con él.

Nacido el 21 de septiembre de 1950 en Evanston, Illinois, un suburbio de Chicago, William James Murray creció con estrecheces en una familia de nueve hermanos en la que él era el quinto. Heredó el sentido del humor de su madre, según cuenta Gavin Edwards en su libro. Su padre, que trabajaba como comercial para una empresa maderera, murió cuando Bill tenía apenas 17 años.

Su sentido del humor le ha traído grandes cosas en la vida, pero también le ha jugado malas pasadas. En sus años mozos, cuando después de buscarse la vida como repartidor de pizzas descubrió que vender marihuana resultaba mucho más rentable, estuvo a punto de complicarse la vida por bocazas en un episodio acaecido en el aeropuerto de Chicago. Fue un día en que no le dejaban embarcar en un vuelo porque no llevaba el carnet de identidad y no se le ocurrió mejor cosa que decir: “Vaya, quería tomar ese avión porque llevo dos bombas en la maleta”. Los policías se la hicieron abrir y descubrieron más de tres kilos de ma-

rihuana. La permisiva legislación de los años setenta admitió que no tuviera que cumplir pena de cárcel. Eran otros tiempos.

Su recorrido vital también ofrece zonas oscuras que no tienen ninguna gracia. La demanda de divorcio que su esposa, Jennifer Butler, le planteó en 2008 recogía acusaciones de infidelidades, de adicción a la marihuana y al alcohol. El informe del abogado de su mujer incorporaba la siguiente frase, según recoge el libro de Edwards: “Le pegó en la cara y le dijo que tenía suerte de que no la matara”. Su esposa obtuvo el divorcio y la custodia de los cuatro hijos que tuvieron juntos. A Butler le correspondieron los siete millones de dólares y las dos casas que contemplaba su acuerdo prematrimonial.

Capítulos negros aparte, Murray es descrito en el libro de Gavin Edwards como un niño grande, imprevisible, que lleva la excentricidad a nuevos territorios.

“Para él, la vida es una fiesta, el mundo es un escenario improvisado y todos formamos parte del *show*”. Así fue presentado el pasado 28 de octubre cuando acudió al Kennedy Center a la entrega del Mark Twain Prize for American Humour, prestigioso galardón que le había otorgado días antes el presidente Obama en la Casa Blanca. La actriz Emma Stone recordó aquella noche algunas de las mejores historias que rodearon el rodaje de *Lost in Translation*.

Murray, el hombre que llega tarde a los rodajes de películas comerciales y pronto a las que son de cine de autor, se llevó a Tokio un pequeño libro con frases hechas en japonés que incorporaba dos capítulos dedicados a palabras que se intercambian los amantes. Se dedicó a usarlas sin ton ni son, de manera aleatoria, con quien tocara. Un día, solemnemente, en el plató, le dijo a uno de los operarios japoneses del equipo. “La verdad es que ya no te quiero, así que voy a cambiar de número de teléfono”. Algunos días más tarde, mientras esperaba un pedido en un restaurante de *sushi*, decidió charlar un rato con el chef. La frase que desempolvó: “¿Te importa si utilizo protección?”.

“Es un actor cómico que quiere que la vida real se parezca a sus películas”, dice Gavin Edwards, autor de ‘Cómo ser Bill Murray’

“Si algún día se le aparece a usted por la calle, al poco le susurrará al oído: ‘Nadie te va a creer’



Arriba, ilustraciones de Jonathan Millan pertenecientes al libro ‘Cómo ser Bill Murray’ (Blackie Books). A la izquierda Murray con Obama en la Casa Blanca, tras recibir el Premio Mark Twain. THE WHITE HOUSE